SÍLEX UNIVERSIDAD

La infancia en España y Portugal
Siglos XVI-XIX

Francisco Núñez Roldán (ed.)



Sílex

Niños pobres en Portugal: representaciones y prácticas de asistencia (siglos XVI-XIX)

Maria Marta Lobo de Araújo
Universidad de Minho

Resumen

La historiografía portuguesa sobre la infancia no permite todavía la elaboración de síntesis que incluyan todos los tipos de niños pobres. Con excepción de los expósitos que aportan más estudios, materializando el interés que algunos investigadores presentaron, el resto de los niños, que no fueron institucionalizados, no han merecido la debida atención por parte de la investigación histórica. Sin embargo debemos subrayar que, a pesar de haber sido los hospitales de niños objeto de algunos estudios, creemos que todavía nos queda un largo recorrido en el análisis de la asistencia que recibieron. Los estudios son escasos y se refieren apenas a niños recogidos en instituciones.

Nuestro trabajo intenta analizar la prestación de la asistencia a los niños pobres portugueses en toda su etapa, destacando la atención dedicada por la sociedad a la infancia, no solo en lo que se refiere a las necesidades corporales, sino también a las del alma. Así pues, prestaremos atención tanto a las ayudas materiales, como a la asistencia en la muerte con la ayuda de las instituciones de caridad, sin dejar de analizar los contextos familiares.

Palabras-llave: niños, pobres, asistencia, instituciones de caridad.

El análisis que efectuamos de la asistencia a niños pobres en Portugal nos lleva a considerar dos situaciones diferentes: los que eran internados en instituiciones y los que permanecían con su familia, aunque en situación de pobreza. Es necesario aclarar, tanto en el caso de los internados en hospitales de niños como de los huérfanos, que apenas permanecían internados hasta determinada edad, saliendo después para aprender una profesión.

Aunque no todos los niños fueron internados, no por eso dejaron de recibir ayudas. Tanto en un caso como en otro las instituciones de caridad enviaban limosnas, por medio de los obispos o cabildos, cuando se encontraban con las familias. Así, en el primer caso estudiaremos los abandonados y los huérfanos para considerar después todos aquellos que recibían ayuda en el ambiente familiar.

Los expósitos fueron motivo de varios estudios en Portugal a lo largo de las últimas décadas del siglo xx, como también sucedió en el resto de Europa. Se estudiaban las instituciones que los acogían, la asistencia que les dispensaban, dando importancia a las tasas de mortalidad, abordando el fenómeno de la exposición[1].

No podemos dejar de analizar este fenómeno dentro de un cuadro más amplio que estudie el funcionamiento de la familia, pero que integre al mismo tiempo las políticas asistenciales existentes, y la percepción de la Iglesia sobre este tema.

Asociados a cuestiones morales, en las que la honra de la mujer ocupaba un lugar importante, o por razones de naturaleza económica, los expósitos fueron desde la Edad Media objeto de atención por parte de las instituciones asistenciales. Se fundaron hospitales para la asistencia y educación[2], o se les enviaba a los hospitales comunes[3].

El marco legal que establecía la crianza de estos niños determinaba que, en ausencia de sus padres o parientes, su crianza era competencia de los hospitales, como instituciones de asistencia y, en su defecto, la competencia pasaba a los ayuntamientos[4].

De esta forma, a través de la participación activa de los municipios, el cuidado de los abandonados se descentralizó. Estos, a su vez, podían exigir contribuciones de los munícipes para hacer frente a los elevados gastos que el mantenimiento de los niños acarreaba[5]. A pesar de ello, en algunas localidades del reino, fueron las casas de caridad las que, por delegación de competencias, cumplían con esta tarea[6]. Debemos aclarar que estas cofradías pusieron en funcionamiento varias líneas de acción para

---

1 Véase A.M. Lopes, "Pobreza, asistencia y política social en Portugal en los siglos xix y xx. Perspectivas historiográficas", en M. Estevan de Vega (ed.), *Pobreza, beneficencia y política social*, Marcial Pons, Madrid, 1997, pp. 218-219.

2 El primer hospital conocido en Portugal para expósitos es del siglo xiii. Fue construido en Lisboa por la esposa de Afonso III, Doña Beatriz. Después de esta institución aparece otra en Coimbra, mandada edificar por la reina Doña Isabel y por Dom Martino, obispo de Guarda. Consúltese para este asunto, M. de Fátima, Reis, *Os expostos de Santarém. A acção social da Misericórdia (1691-1710)*, Cosmos, Lisboa, 2001, p. 68.

3 En Portel era competencia del hospicio del Espírito Santo, institución medieval, criar a los expósitos. Véase M.M. Lobo de, Araújo, "O hospital do Espírito Santo de Portel na Época Moderna", *Cadernos do Noroeste*, 3, 20 (1-2), (2003), pp. 381-386.

4 El marco jurídico e institucional se encuentra en I. de Guimarães, Sá, "Abandono de crianças, infanticídio e aborto na sociedade portuguesa tradicional através das fontes jurídicas", *Penélope*, 8 (1922), pp. 75-89; *Ordenações Manuelinas*, libro I, título 67, par. 10, Fundação Calouste Gulbenkian, Lisboa, 1984, p. 482.

5 Véase a propósito T.A. da, Fonte, *O abandono de crianças em Ponte Lima (1625-1910)*, Câmara Municipal de Ponte Lima; Centro de Estudos Regionais, Viana do Castelo, 1996, p. 38.

6 Véase I. dos Guimarães, Sá, *A circulação de crianças na Europa do Sul: o caso dos expostos do Porto no século xviii*, Fundação Calouste Gulbenkian; Junta Nacional de Investigação Científica, Lisboa, 1995. Los motivos que llevaron a algunas Casas de Caridad a ocuparse del mantenimiento de los expósitos fueron de diversa índole. El caso de Tavira nos muestra que la adopción de un legado vinculado a la asistencia de los abandonados obligó a la Santa Casa local a desempeñar esta atribución. Compárese A.C., Anica, *O hospital do Espírito Santo e a Santa Casa de Misericórdia da cidade de Tavira (da fundação à actualidade-notas)*, Vila Real de Santo António, s. e.,1983, p. 28.

atender a los más jóvenes. A través de la transferencia de atribuciones encontramos en algunas villas y ciudades Santas Casas comprometidas en el mantenimiento de abandonados. Por otro lado, el compromiso de la Casa de Misericórdia de Lisboa de 1619 consideraba que era su obligación atender y auxiliar a los abandonados, a los huérfanos y a los niños de familias necesitadas de la misma forma que al resto de los pobres[7].

La tarea de encontrar las razones que motivaron el abandono no es fácil, de la misma forma que resulta complicado diferenciar los niños que eran abandonados de aquellos cuyo abandono no pasaba de una separación temporal de sus padres[8].

A pesar de las razones de cada uno para abandonar a sus hijos, la verdad es que este fenómeno fue creciendo a lo largo de la Edad Moderna, obligando a la sociedad a encontrar una solución.

En el albor de este periodo, la Corona vinculó el hospital de Todos-os-Santos, de Lisboa, al mantenimiento de los expósitos, creando en 1504 un cuerpo normativo para la institución, estableciendo reglas para la asistencia a los abandonados. Esta preocupación, según Laurinda Abreu, debe ser analizada dentro de un contexto más amplio e integrado en la reforma asistencial que ya estaba en marcha en Portugal[9].

Debido a las preocupaciones inherentes al fenómeno de la exposición, las instituciones que tenían niños bajo su responsabilidad fueron obligadas a crear mecanismos de regulación de su actividad. En 1716, la Santa Casa de Lisboa hizo el Regimento da Mesa dos Engeitados do Hospital Real de Todos os Santos e o Regimento da Casa da Roda[10].

El crecimiento progresivo del número de niños abandonados, dejados en muchos lugares, se convirtió en un problema social inquietante al que había que aplicar medidas. La legalización de las Rodas en 1783 pretendía resolver o minimizar este fenómeno que se había transformado en un problema muy serio, tanto en Portugal como en el extranjero[11].

---

[7] *Compromisso da Misericórdia de Lisboa*, Pedro Craesbeeck, Lisboa, 1619.

[8] Teodoro Afonso de Fonte analiza los motivos que habrán llevado al abandonismo permanente, así como al abandono temporal. Consultar T.A. da, Fonte, *No limiar da honra e da pobreza. A infância desvalida e abandonada no Alto Minho (1698-1924)*, Ancorensis Cooperativa de Ensino Lda; NEPS, Viana do Castelo, 2005, pp. 118-122.

[9] L. Abreu, "As crianças abandonadas no contexto da institucionalização das práticas de caridade e assistência em Portugal, no século xvi", en M.M. Lobo de, Araújo y F. Moura Ferreira (orgs.), *A infância no universo assistencial no Norte da Península Ibérica (séculos xvi-xix)*, Instituto de Ciências Sociais da Universidade do Minho, Braga, 2008, p. 33.

[10] Estos documentos están publicados en J.P. Paiva, (coord. científico), *Portugal Monumenta Misericordiarum*, vol. 6, Centro de Estudos de Historia Religiosa; União das Misericórdias Portuguesas, Lisboa, 2007, p. 310-320, docs. 122 y 123.

[11] Para una amplia visión sobre el abandono de niños en un contexto internacional léase I. dos Guimarães, Sá, *A circulação de crianças na Europa do Sul; o caso dos expostos do Porto no século xviii...*, pp. 26-53.

Este mecanismo de abandono permitía que, de forma anónima, fuesen dejados tanto hijos legítimos como ilegítimos. Una vez llegados a estas instituciones, los niños eran alimentados, cuidados y bautizados para entregárselos a amas que les cuidaban hasta los siete años. Al cumplir los siete regresaban a la institución para salir nuevamente y ponerse a servir o aprender un oficio, lo que más comúnmente sucedía con los muchachos.

La política de asistencia a los abandonados fue motivo de duras críticas durante los siglos XVIII y XIX, causadas por los cuidados deficientes prestados a los expósitos en las Rodas, las altas tasas de mortalidad de los niños y las consecuencias demográficas para el reino[12]. Como afirmaba Alexandre de Gusmão, en el siglo XVIII, "era muy importante para la sociedad la crianza de los hijos en la infancia, porque de ella depende su bienestar[13]. Aunque fue en el siglo XVIII cuando se aceleró el proceso de creación de hospicios, sin embargo el fenómeno continuó creciendo, registrándose el mayor número en el siglo siguiente[14].

A causa de las airadas críticas las Rodas fueron clausuradas en 1867 y sustituidas por los Hospicios.

La medida seguía el camino trazado por el siglo XIX respecto a los más pequeños. En 1834 se había fundado en Lisboa el asilo de la Infancia Desamparada. Estas instituciones se extendieron por todo el reino, en una tentativa de encontrar la mejor forma de encuadrar a los niños pobres. A finales del siglo XIX aparecieron los asilos de niños, facilitando así a las madres más necesitadas que pudiesen trabajar fuera de casa, dejando a los hijos seguros y cuidados. A pesar del aumento de las nuevas instituciones, los casos de expósitos continuaban apareciendo en Portugal hasta la primera mitad del siglo XX.

Eran muchas las personas que abandonaban a los niños, y el abandono se hacía por la noche, siempre de forma sigilosa. No siempre el sigilo era tan real como se pretendía. Dentro del entramado que el abandono tejía no siempre los colaboradores más próximos guardaban los secretos que conocían. Cuando se les insistía y eran

[12] A.J. de Gouveia, Pinto, *Exame Crítico e Histórico sobre os Direitos Estabelecidos pela Legislação Antiga e Moderna. Tanto pátria, como Subsidiaria, e das Nações mais Vizinhas e Cultas relativamente aos Expostos, ou Engeitados. Para servir de base a hum Regulamento Geral administrativo a favor dos mesmos: ou hum Supplemento de providencias interinas, deduzidas das mesmas Leis actuaes a bem de sua criação, e educação*, Tipographia da Academia Real das Sciencias, Lisboa, 1828; M.E. Garcia, *Beneficência Publica. A roda dos Expostos. Parecer e projeto de reforma, apresentados à Junta Geral do Distrito de Coimbra*, Imprensa Literaria, Coimbra, 1871.

[13] A. de Gusmão, *Arte de criar bem os filhos na Idade da puerícia*, Martins Fontes, São Paulo, 2004, p.38

[14] Consúltese I. dos Guimarães, Sá, "Subalternos ou excluidos? O caso das crianças abandonadas no Antigo Regime demográfico", en M.J. Vaz, E. Relvas, y N. Pinheiro (orgs.), *Exclusão na História. Actas do Colóquio Internacional sobre Exclusão Social*, Celta, Lisboa, 2000, p. 43.

forzados a hablar, descubrían pormenores que los denunciaban, pues conocían más datos que los asociaban a la familia del abandonado[15].

Los hospicios tuvieron mucha importancia en Europa todavía durante el siglo xviii para acoger a niños abandonados[16].

Al mismo tiempo que se creaban los asilos y hospicios, continuaban en funcionamiento otras líneas de acción social para los niños que permanecían con sus familias biológicas, pero que, por falta de leche materna y por la pobreza que sufrían, necesitaban ayuda[17].

Otra categoría de niños que fueron objeto de ayuda institucional fueron los huérfanos. En la Edad Media, los huérfanos podían ser asistidos con los demás enfermos, peregrinos y otros pobres en el mismo hospital. Con la llegada de la Edad Moderna y en plena reforma asistencial, aparecieron instituciones preparadas para fines específicos. El hospital reconfiguró su lugar como centro de atención a los enfermos, especificando los servicios que ofrecía[18]. Con la especialización de las instituciones aparecen colegios dedicados a la educación y asistencia de los huérfanos que fuesen hijos legítimos[19]. Se debe aclarar que algunos de estos colegios admitían también otra clase de niños, precisamente, expósitos[20].

La pérdida del padre dejaba a los hijos en situación de gran precariedad y, en muchas ocasiones, de pobreza. Los colegios para huérfanos aparecieron en Portugal en los albores de la Edad Moderna y se extendieron por algunas ciudades del reino. Se trataba de pequeñas instituciones, fundadas por particulares, por la Corona, o incluso por la Iglesia destinadas a recoger muchachos que cumpliesen los criterios de

---

[15] En la segunda mitad del siglo xix, Inocência Maria, presionada por el párroco del Pico de Regalados, demostró conocer al hombre que le entregara al niño, que ella llevara a bautizar y del que sería ama. Léase M.M. Lobo de Araújo, "Meninos de ninguém: as crianças abandonadas no Pico de Regalados (séculos xvii-xx), en *Boletim Cultural*, n.º 2, Câmara Municipal de Vila Verde, Vila Verde, 2006, p. 34.

[16] Sobre el hospicio de la ciudad de León, fundado en 1793, véase M.J. Pérez Álvarez y A. Martín García, *Marginación, infancia y asistencia en la Provincia de León a finales del Antiguo Régimen*, Universidad de León, León, 2008, pp. 17-21.

[17] Véase para Coimbra Lopes, Maria Antónia: "Socorro a lactantes no quadro da assistência à infância em finais do Antigo Regime" M.M.L de Araújo y F.M. Ferreira Fátima (orgs.), *A infância no universo assistencial no Norte da Península Ibérica ('éculos xvi-xix)*..., pp. 97-100. De la misma autora léase también *Pobreza, assistência e controlo social. Coimbra 1750-1850*, vol. I, Palimage Editores, Viseu, 2000, pp. 389-416. Para Oporto comparar I. dos Guimarães Sá y N. Osório Cortes, "A assistência à infância no Porto do século xix: expostos e lactados", *Cadernos do Noroeste*, 5 (1-2), 1992, pp. 179-190.

[18] R. Jutte, "Poor relief and social discipline in sexteenth century Europe", *European Studies Review*, ii (1), (1981), pp 25-52; B. Pullan, "Support and redeem: charity and poor relief in Italian cities from the fourtheen to the seventeenth century", *Continuity and Change*, 3 (2), (1998), pp 177-208; B. Geremek, "Criminalité, vagabondage pauperienne: la marginalité à l'aube des temps moderns", *Revue d'histoire modern et contemporaine*, 21, (1974), pp. 337-375.

[19] B. Pullan, "Orphans and Foundlings" *Early Modern Europe*, Universidad de Reading, Reading, 1989, pp. 19-20.

[20] Véase para este asunto Guedes, A.I. Marques, *Os colégios dos meninos órfãos sécs. xvii-xix*, ICS, Lisboa, 2006, p. 22.

sus estatutos. A excepción del gran colegio de Braga, fundado a finales de siglo XVIII, los demás tenían una capacidad muy limitada.

Por otro lado, la red geográfica que cubría también era reducida. Esta cláusula estaba determinada en los estatutos y, en los casos de Évora, Oporto y Braga, condicionada a la ciudad o a la diócesis. En Évora se aceptaban candidatos foráneos, siempre que las vacantes no estuviesen cubiertas por los locales. La extensión de la base de adscripción a la diócesis se explica por la necesidad de pedir ayudas en un ámbito mayor, estableciéndose "una relación entre la procedencia de los alumnos y los ingresos" que hiciese posible el mantenimiento de los colegios[21].

La financiación de estas instituciones presentaba diferencias dignas de señalar. Así pues en Vila Viçosa, la Casa de Bragança, institución fundadora del colegio, subsidiaba el mantenimiento de los huérfanos, y en Lisboa, el colegio recibía subvenciones reales[22].

Los diferentes modelos educativos de estas instituciones convergían es aspectos muy relevantes: "práctica religiosa que obligaba a ir al coro y frecuentar los oficios religiosos, obediencia a la jerarquía, vida con reglas que exaltan el silencio, la clausura, la modestia y el recogimiento, el desempeño de tareas internas, salidas al exterior reguladas y con autorización superior y prohibición de acceso a las mujeres, a excepción de la madre, en caso de enfermedad y previo permiso"[23].

Con estas restricciones los chicos vivían en régimen de clausura, aunque en algunos colegios, como en el de Vila Viçosa, los alumnos salían para asistir a las clases[24].

La integración en estas instituciones obligaba a los muchachos a romper con la vida del exterior y les dotaba de algunas competencias en el ámbito religioso y en el de las letras. Muchos huérfanos seguían la vida religiosa o eran empleados para aprender oficios, a partir de los siete años de edad.

El colegio de Braga fue fundado por el arzobispo frei Caetano Brandão (1790-1805). Este prelado mandó edificar un colegio para huérfanas en la casa de acogida de Tamanca, dejando a cargo del director de esta institución el gobierno del colegio de huérfanas. Más tarde fundó una casa autónoma y en 1791 le otorgó estatutos propios.

---

[21] En el colegio de Braga entraban primero los chicos naturales de las tierras que contribuían para su mantenimiento. Léase A.I. Marques Guedes, *Os colégios dos meninos órfãos sécs. XVII-XIX*, pp. 117-118.

[22] T.J. Coates, *Degredados e Órfãos: colonização dirigida pela coroa no império português 1550-1755*, Comissão para a Comissão dos Descobrimentos Portugueses, Lisboa, 1998, p. 202.

[23] Sobre este asunto confiérase A.I. Marques Guedes, "Os estatutos dos colégios dos órfãos. Estratégias e vivências (séculos XVI a XVIII)", *Cadernos do Nordeste. Misericórdias, caridade e pobreza em Portugal no período moderno*, vol. II (2), (1998), pp. 132-133.

[24] Con relación al colegio de Vila Viçosa véase M.M. Lobo de Araújo, *Dar aos pobres e emprestar a Deus: as Misericórdias de Vila Viçosa e Ponte de Lima (séculos XVI-XVIII)*, Santa Casa de Misericórdia de Vila Viçosa; Santa Casa de Misericórdia de Ponte de Lima, Braga, 2000, pp. 273-274.

Para huérfanos edificó otro establecimiento en 1971 –el colegio de San Caetano– que albergaba 150 muchachos, en 1805. La finalidad de las dos instituciones era la educación de la juventud y prepararles para la vida. A las hembras además las formaban para que fuesen buenas madres y amas de casa y a los varones se les encaminaba para el aprendizaje de una profesión o ingresaban en la carrera religiosa[25].

El colegio admitía además de los huérfanos, expósitos, ilegítimos y niños legítimos. El proyecto educativo de estos jóvenes incluía aprender a leer, escribir, música y moral. Y a los que demostraban capacidad para continuar estudios les encaminaban al aprendizaje de Latín, Filosofía y Teología[26].

La educación de las niñas pobres había sido llevada a cabo igualmente en Braga aún antes de la fundación de la casa de acogida de Tamanca. El escultor bracarense António Pinto de Araújo fundó en 1768 la casa de acogida de la Caridad[27]. La casa albergaba "niñas pobres", gobernadas por dos maestras, mujeres solteras, de "vida honesta y ejemplar virtud"[28]. La función de estas mujeres era educarlas y enseñarles todas las "habilidades "propias de su sexo"[29], así como leer, escribir y bordar, a fin de prepararlas para las exigencias de las mujeres de aquella época.

El tiempo de permanencia de las niñas en la institución dependía de la evaluación que hacían las maestras, es decir, las mantenían en ella hasta cumplir el programa educativo.

En el momento de la constitución, el fundador incitó a los curas de las parroquias a enviar a las niñas pobres de sus parroquias a esta institución, adjuntando un certificado de su pobreza.

La vida de las niñas estaba reglamentada por normas que restringían las visitas y no admitían conversaciones con otras personas cuando salían a la calle para asistir a los actos religiosos. Diariamente eran obligadas a leer durante una hora "libros de espiritualidad" y aprendían la doctrina los sábados por la tarde. En sus oraciones debían implorar la exaltación de la fe, el engrandecimiento de la iglesia católica, la eliminación de las herejías, el crecimiento del reino y la salvación de sus bienhechores[30].

---

[25] A propósito de estas instituciones compárese A. Ferreira, *Fastos epicopaes da igreja primacial de Braga (sec. III-sec.XX)*, t. III, Ed. da Mitra Bracarense, Famalicão, 1932, p. 411. Del colegio de huérfanos de la Mouraria de Lisboa salieron adolescentes que ingresaron en la vida religiosa y fueron misioneros en el imperio. Léase para este asunto A. Lopes, "O colégio dos Meninos Ôrfãos" da Mouraria e a evangelização do Brasil", *Brotéria*, 2/3, (agosto/septiembre, 2005), pp. 143-146. Sobre el colégio de Braga véase J.I. Peixoto, *Memórias particulares*, Arquivo Distrital de Braga/Universidade do Minho, Braga, 1992, p. 115.

[26] I. dos Guimarães Sá, "Assitance to children in North-West Portugal: the case of pre-industrial Braga", *Cadernos do Noroeste*, vol. 6 (1-29), (1993), pp. 106-108.

[27] Sobre esta institución véase frei J. de San José, *História Chronologica da esclarecida Ordem da SS. Trindade, redenção de cativos, da província de Portugal: dedicada ao sempre Augusto, e Gloriosissimo Príncipe do Brazil D. João, nosso senhor*, Officina de Simão Thaddeo Ferreitra, Lisboa, 1794, p. 514.

[28] Archivo Distrital de Braga (en adelante ADB), Registro Geral, livro n.º 175, f. 272v.

[29] ADB, Registro Geral, livro n.º 175, f. 271 v.

[30] ADB, Registro Geral, livro n.º 175, f. 273.

Estas escuelas de caridad, asociadas o no al régimen de internado, ya existían en Europa desde el siglo XVII y se destinaban a los dos sexos[31].

Las escuelas destinadas a las muchachas expresan las preocupaciones del Iluminismo en lo que se refiere a la educación femenina, en una época en la que la escolarización de las mujeres no gozaba de consenso entre todos los hombres[32], sirviendo, inclusive, de burla[33].

Más allá de la institucionalización, el auxilio a los huérfanos contó también con otras soluciones.

En 1555, frei Baltasar Limpo, arzobispo de Braga (1550-1558), ordenó que los huérfanos que vagasen por la ciudad fuesen atendidos por los regidores municipales y que estos los pusiesen a trabajar. Las normas del prelado determinaban la orden de expulsión de la ciudad para los que se resistiesen, así como la prisión para los progenitores que estuviesen vivos e impidiesen el trabajo de los concejales[34].

La asistencia de los niños que vivían con sus familias disponía de diferentes modalidades de apoyo en las Misericórdias[35]. Además, no podemos olvidar que los Cabildos y los Obispados se preocupaban también de los más pequeños y los ayudaban con limosnas o a través de la creación de instituciones de caridad.

Las Misericordias, como casas principales de caridad en Portugal durante el Antiguo Régimen, integraron a los más pequeños en sus actividades propias. No sólo en el grupo de los pobres, sino también dentro de otras listas de necesitados. La lista que contenía los que semanalmente (en los domingos y miércoles) eran beneficiados con pan y/o dinero hacía referencia a los niños. La limosna nunca se distribuía a los menores, se entregaba a los padres o abuelos, siempre con la manifestación de que el destino eran los hijos o nietos mientras fuesen menores[36]. El donativo se mantenía durante el tiempo que los niños no podían trabajar o pedir, porque después ya ganaban el sustento con su trabajo o contribuían para su alimentación y vestido.

---

31 Léase M. Sonnet, "Uma filha para educar", Farge, Arlette; Davis, Natalie Zemon (dir.), *História das Mulheres. Do Renascimento à Idade Moderna*, Afrontamento, Oporto, 1994, p. 165.

32 Comparar para este asunto Braga, I.M. Drumond, *Cultura, Religião, e Quotidiano*, Hugin Editores, Lisboa, 2005, pp. 135-136.

33 Con el objetivo de desacreditar y de menospreciar a las que la desempeñaban, la enseñanza femenina fue objeto de burla por parte de algunos sectores. Léase R. Fernandes, "Estratégias de ironia e sarcasmo contra a educação feminina em Portugal (séculos XVIII/XIX)", *Faces de Eva*, 9, (2003), pp. 13-27.

34 M.M. Lobo de Araújo, "The archbishops of Braga and their Assistance to the Poor in Early Modern Portugal", *Mediterranean Studies*, vol. XVII, USA, 2008, pp. 112-113.

35 La Misericordia de Lisboa fue inaugurada en 1498 por la Corona. A partir de esta fecha, estas cofradías se extendieron por la metrópoli y el imperio con mucha rapidez. Estaban constituidas sólo por hombres, aunque en un principio también había mujeres., fueron colocadas bajo protección regia en el Concilio de Trento, operaban con *numerus clausus* y están divididas en hermanos nobles y oficiales, a partes iguales.

36 M.M. Lobo de Araújo, "Pequenos e pobres: assistência à infância nas Misericórdias portuguesas da Idade Moderna", en M.M. Lobo de Araújo y F. Moura Ferreira (orgs.), *A infância no universo assistencial no Norte da Península Ibérica (séculos XIV-XIX)...*, pp. 138-140.

Estos niños formaban parte de familias que se encontraban en situaciones de precariedad por ser familias numerosas. Normalmente eran unidades familiares sin padre o madre, encontrándose los menores, muchas veces, al cuidado de abuelas mayores y enfermas. A veces sucedía que uno de los progenitores, generalmente el padre, estuviese enfermo.

Cuando faltaba el padre, la situación familiar degeneraba en pobreza y, casi siempre, los miembros del grupo acababan pidiendo[37].

No pocas veces los niños eran utilizados por sus padres para pedir. Les exhibían en la calle, exponiéndoles, para que los transeúntes se conmoviesen y les dieran limosna[38]. También era frecuente ver mujeres caminando por las calles y caminos acompañadas por un gran número de hijos, pidiendo a los que pasaban y llamando a las puertas de las casas de caridad[39].

Además de limosna en dinero y comida, los niños recibían ropas. La Misericórdia de Ponte Lima amplió el compromiso con los más pequeños cuando en 1631 reformó algunos capítulos del compromiso de la Misericórdia de Lisboa de 1619 y los incluyó en sus previsiones. Al establecer criterios para los pobres que debían ser beneficiados con ropas, ya que el texto de Lisboa no los incluía, incluyó a los niños que no estuviesen trabajando[40] porque les consideraba incapaces de proveerse solos de subsistencia y vestimenta.

Las piezas de ropa entregadas por la cofradía y destinadas a los más pequeños eran muy variadas. Distribuían desde mantas para abrigarse hasta jubones, faldas, sotanas, pantalones y camisas. Los pobres más pequeños estaban necesitados de todo. A veces eran tan pequeños que los escribanos mencionaban que las ropas se destinaban a "pequeñita", o al "niño" o al "niño más pequeño"[41]. La distribución de ropa era una práctica de caridad muy valorada, exaltada por la Iglesia y que llevaría al cielo. Frei Caetano Brandão vestía todos los años a doce niños e igual número de niñas por Navidad. En 1792, por la misma ocasión, repartió 120 vestidos a niños y niñas pobres a los que también dio de cenar[42].

---

[37] S. Woolf, *Los pobres en la Europa Moderna*, Crítica, Barcelona, 1989, pp. 23-31.

[38] Consúltese a este propósito T. Hitchcock, *Down and out in Eighteenth-Century*, Hambledon Continuum, Londres, 2004, p. 119.

[39] Léase M. Gomes Duarte Ferreira, *Santa Casa de Misericórdia de Mértola (1674-1834)*, Faculdade de Letras, Coimbra, 2008, pp. 98-99, Tesis policopiada.

[40] Archivo de la Santa Casa de Ponte de Lima (en adelante ASCMPL), Compromisso de 1618. Capítulos reformados de 1631, ff. 55-55v.

[41] Para las limosnas de ropa distribuidas por el la Misericórdia de Ponte de Lima véase M.M. Lobo de Araújo, *Rituais de caridade na Misericórdia de Lima (séculos XVII-XIX)*, Santa Casa de Misericórdia de Ponte Lima, Braga, 2003, pp. 291-292.

[42] La acción caritativa de D. Frei Caetano Brandão se reflejaba en muchas obras de misericordia, destacándose aquí la distribución de ropa. Léase J.P. Abreu, *Em Braga de 1790 a 1805. D. frei Caetano Brandão: o reformador contestado*, Universidade Católica Portuguesa/Faculdade de Teologia de Braga; Cabido Metropolitano e Primacial de Braga, Braga, 1997, pp. 147-148.

Era práctica de la Misericórdia de Ponte de Lima efectuar grandes cantidades de limosnas en mayo y el día de Difuntos. Las limosnas del mes de mayo eran de cereales y se destinaban únicamente a los adultos, pero tanto la ropa que se entregaba a lo largo del año, como las limosnas del dos de Noviembre se destinaban a los niños. El día de Difuntos, la Santa Casa escenificaba la caridad con la entrega de pan, carne (carnero, gallina) o pescado (bacalao, merluza) y dinero. Los pequeños beneficiados eran huérfanos y abandonados, nietos de ancianos o hijos de personas que estaban enfermas o en la cárcel y que residían en casas de pobres donde les criaban. Estas limosnas se prolongaban a lo largo de los años, demostrando así que el beneficio se mantenía siempre que fuese necesario y los jóvenes no fuesen auto suficientes. En algunos casos fue incluso declarado el motivo de la oferta, como en 1697, cuando Martinho Gonçalves, curtidor, fue beneficiado con un bollo de pan y una tajada de carne de carnero, por encontrarse enfermo, con su mujer y sus hijos[43]. Familias que pasaban por situaciones difíciles o incapaces de sustentar a los hijos, como sucedía a muchos padres discapacitados.

Muchos hijos de pobres se volvían vagabundos, por ser huérfanos y no ser tutelados por sus padres o por otros familiares.

La ciudad de Braga en 1612 estaba llena de chicos y chicas considerados vagabundos, teniendo necesidad de resolver este problema. Frei Aleixo de Meneses, agustino (1612-1617) analizó la situación y les consignó ayuda[44]. Para las chicas el arzobispo ordenó la creación de una casa de acogida donde aprendiesen a ser amas de casa, y para los chicos la obligación de trabajar en algún oficio.

La Europa del post Trento evidenció las preocupaciones por la ayuda material a los pobres, con la corrección al mismo tiempo de los "comportamientos desviados"[45]. En un ambiente de imposición de la "pureza" y de regeneración de los comportamientos surgieron las casas de acogida femeninas: unas para las jóvenes solteras que esperaban marido y recibían una dote, pudiendo también albergar señoras, por ejemplo, durante la ausencia del marido; y otras para mujeres que habían perdido la honra. Estas últimas fueron instituidas, normalmente bajo la advocación de Santa María Magdalena, recibían algunas mujeres que llevaban una vida pecaminosa y que querían regenerarse a través del trabajo, de la oración y del cumplimiento de severas normas. El primer tipo de casa de acogida albergó mujeres, a veces muy jóvenes, pero estas, podían todavía, ser cuidadas en conventos para ser educadas o seguir la vida religiosa.

---

43 ASCMPL, Livro de receita e despesa 1667-1668, n.º 474, sin foliar.

44 ADB, Colecção Cronológica, doc. n.º 2373, sin foliar.

45 Sobre este asunto léase I. dos Guimarães Sá, *Quando o rico se faz pobre: Misericórdias, caridade e poder no império português 1500-1800*, Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimentos Portugueses, Lisboa, 1997, p. 56.

La ayuda en la enfermedad se concedía también según varias modalidades. Los niños podían ser hospitalizados en las enfermerías, juntamente con los adultos o recibir asistencia a domicilio. Cuando la ayuda se recibía en casa, las Misericórdias podían enviar a sus profesionales de la salud (médico, cirujano o sangrador), pagar las medicinas, enviar bienes (normalmente gallinas u otras carnes) e incluso entregar una limosna en dinero para ayudar el tratamiento. Normalmente, cuando la situación era grave, a los más jóvenes se les internaba en el hospital. Los registros hospitalarios atestiguan la presencia de menores, fenómeno más visible en el siglo xix, aunque algunos hospitales registren la presencia de niños desde el siglo xvi[46].

En los hospitales alentejanos, los niños se hacen mas fuertes entre la población internada. Cuando eran forasteros, se encontraban totalmente desamparados, y necesitaban ayuda, era en el hospital donde encontraban apoyo para sus enfermedades. El Alentejo recibía trabajadores temporarios todos los años, principalmente en la época de la labranza, en la que se incluían también a menores. Si enfermaban, era en el hospital donde estos emigrantes encontraban apoyo para los males que les afligían. No es de extrañar, por eso, que las dependencias del hospital se llenasen de hombres emigrantes. La situación en la región del Noroeste era muy diferente, donde las mujeres superaban las mayores tasas de internamiento.

A los menores les atendían en casa cuando contraían enfermedades contagiosas. La tiña, muy frecuente en este periodo, obligaba a los niños a desplazarse para la casa de una persona a la que la Misericórdia pagaba para que los cuidasen, o eran tratadas en sus propias casas, recibiendo auxilio para la cura.

En los hospitales para sifilíticos también encontramos gente más joven, siempre acompañados de sus padres, que también estaban infectados. No son muchos los casos conocidos en el hospital de Vila Viçosa, pero su presencia acusa la enfermedad entre los más jóvenes y el intento de tratarla a través de los cuidados que el hospital ofrecía en las dos fases anuales de apertura.

La mayoría de las fuentes portuguesas para la Época Moderna no permite el estudio de la asistencia a los niños en la hora de la muerte, porque estos no estaban registrados. Solamente los que ya habían recibido los sacramentos de la confesión y comunión se registraban en los libros de defunción. Esta situación cambió en el siglo xix cuando los niños pasaron a integrar de pleno derecho los registros de defunción.

[46] En Portel, hubo varios menores emigrantes que durante el Antiguo Régimen acudieron al hospital para que les tratasen. En muchas situaciones fueron internados solos, pero también hubo casos que llegaron acompañados de su madre, sugiriendo que se trataba de una enfermedad que se propagó a varios miembros de la familia. Archivo de la Santa Casa de Misericórdia de Portel, Livro das visitas deste hospital Real da villa de Portel que principiou em o anno de mil e seiscentos e oitenta e sete sendo Provedor delle o Mordomo Reverendo Pregador Francisco de São Bernardo; Livro esprital de Porte em que tem um visitairo de todas as cousas nobres do dito hospital e das visitações.

La realidad portuguesa es muy semejante a la de muchos países cristianos, en los que los niños empezaron a figurar en los registros ya en siglo XVIII pero no de forma sistemática. Salvo raras excepciones sólo a partir del siglo XIX es posible estudiar la mortandad infantil de forma secuencial.

Sin embargo, algunas instituciones no sólo registraban los niños muertos, sino que también se preocupaban de sus fallecimientos. La Misericórdia de Viana do Castelo, fundada en 1521, conserva documentación que permite analizar la asistencia a la infancia en la hora de la muerte, así como los entierros de los niños.

Las Misericórdias cumplían un papel muy importante en la asistencia espiritual de las almas. Tratándose de una de las obras de misericordia más notables en estas cofradías, los hermanos debían esforzarse en su cumplimiento, tanto más cuanto que tenían el monopolio de los entierros desde 1593. La cuestión de los funerales en las Santas Casas era muy relevante tanto por ser remunerados, como porque llevaba consigo un gran prestigio y poder. A excepción de los entierros de los hermanos cofrades y de los pobres, todos los demás se cobraban.

Las Misericórdias poseían bienes que hacían posible el ejercicio del servicio fúnebre. Eran dueñas de iglesias y sacristías equipadas con todo lo necesario para el culto, poseían tumbas y tenían en sus nóminas de asalariados varios capellanes para atender a las obligaciones de los legados. O sea que reunían todas las condiciones para llevar a cabo los funerales y atender con satisfacción los legados. Como prestaban varios tipos de servicios, las tumbas que poseían eran también muy variadas: una destinada a los hermanos, otra a los pobres y una tercera a las personas comunes[47].

También había Misericórdias que disponían de ataúdes para los niños, manifestando así la importancia que se daba a los funerales de los más pequeños. La Santa Casa de Bahía poseía dos literas para enterrar a los jóvenes, una para las personas de más categoría y la otra para los que disponían de menos recursos. Todavía, en la segunda mitad del siglo XVIII, los niños eran llevados en tableros, porque el transporte en ataúd había caído en desuso[48].

Pero las Santas Casas enterraban también a los niños muertos abandonados en las calles, como se ha verificado en Braga[49].

Cada Misericórdia procedía en función el contexto en el que estaba inserta y también en función de las prácticas arraigadas. En la Santa Casa de Viana do Castelo

[47] No todas las Santas Casas poseían tres tumbas. En las Misericórdias más pequeñas casi siempre tenían sólo dos: una destinada a los pobres y otra destinada a los hermanos, donde también se colocaba al resto de los muertos, previo pago de los servicios fúnebres.

[48] I. dos Guimarães Sá, *Quando o rico se faz pobre: Misericórdias, pobreza e caridade no império português 1500-1800*..., p. 243.

[49] Sobre el entierro de los niños dejados en la calle por la gente véase I. dos Guimarães Sá, *Quando o rico se faz pobre: Misericórdias, pobreza e caridade no império português 1500-1800*..., p. 109.

comenzaron a sepultar a los niños en ataúdes a mediados del siglo xviii, cuando la institución decidió cambiar la tradición de llevarlos en brazos hasta la sepultura, realizando el traslado uno de los hermanos de segunda clase.

Existen registros para los enterramientos de niños prácticamente desde el comienzo de la institución, dando testimonio de la atención que se les dispensaba.

Además del acompañamiento fúnebre y del transporte del féretro, la cofradía rezaba una letanía mientras el cuerpo bajaba a la sepultura. Sin embargo, en el segundo decenio de 1700, los cofrades se cuestionaron el procedimiento usado en el transporte de los niños fallecidos porque les parecía una forma poco decente. A mitad de siglo, la Misericórdia adquirió tres ataúdes para el transporte de los niños a su última morada: uno para los hijos de los hermanos, otro para los niños cuyos padres pagasen los funerales y un tercero para los niños pobres.

El cambio de actitud estuvo asociado a motivos sanitarios y de higiene pública[50]. Los cofrades decidieron terminar con una práctica secular en nombre de razones aducidas tanto por médicos como por filósofos. El movimiento higienista fue ganando fuerza y registrando adeptos por toda Europa[51].

Con la adquisición de tres ataúdes para enterrar niños la Misericórdia de Viana reproducía el modelo de entierro que ya tenían para los adultos.

El ceremonial fúnebre podía depender de la edad del niño. Según Isabel Sá, en las cofradías de oficios, los funerales de los jóvenes que tuviesen más de doce años (para las hembras) y catorce (para los varones) eran acompañados con un número mayor de velas encendidas[52].

Aunque en el siglo xviii eran poco frecuentes los registros de defunción de los niños, existe un asiento de 1743 (de la parroquia de São João de Souto, en Braga) de una joven menor de diez años de una ceremonia muy semejante a la de los adultos. Su cuerpo fue amortajado con el hábito de Nuestra Señora de la Concepción Inmaculada, acompañado por una hermandad y cinco sacerdotes[53]. La descripción, aunque más breve que en la gran mayoría de los registros de los funerales de este periodo, pone en evidencia la preocupación por la salvación del alma, no solo a través de las indulgencias ganadas con la mortaja, sino también con la presencia de la cofradía y dos sacerdotes.

---

[50] Sobre los funerales de niños en la Misericórdia de Viana do Castelo véase A. Magalhães, "Crianças pobres e doentes: a população jovem como objecto de práticas de caridade na Santa Casa da Misericórdia de Viana da Foz do Lima (séculos xvi-xviii)" en M.M. Lobo de Araújo y F. Moura Ferreira, (orgs.), *A infância no universo assistencial no Norte da Península Ibérica (séculos xvi-xix)*..., pp. 124-133.

[51] Léase J.-C. Sournia, *Historia da Medicina*, Instituto Piaget, Lisboa, 1995, pp. 179-180.

[52] I. dos Guimarães Sá, "O trabalho", en P. Lains, y Á. Ferreira da Silva (orgs.), *História econômica de Portugal 1700-2000*, ICS, Lisboa, 2004, p. 111.

[53] ADB, Registos Paroquiais. Paróquia de São João do Souto de Braga, Livro de óbitos 1710-1751, n.º 165, f. 469.

A pesar de que los estudios sobre asistencia a la infancia son escasos en nuestro país para la Edad Moderna y los existentes se centran más en los expósitos por haber sido la vertiente más explotada, ya es posible trazar las prácticas de caridad que se dispensaban a los más pequeños. Sin embargo, faltan estudios monográficos que permitan elaborar síntesis consistentes sobre la asistencia a este grupo de la población.

La política de asistencia a los más jóvenes que abordamos se orientó entre su institucionalización y el auxilio a domicilio, siendo esta última modalidad practicada a través del envío de limosnas o de profesionales de la salud.

La institucionalización de los niños, sobre todo en el caso de los expósitos y de los huérfanos, aclara solo la crianza de los más jóvenes fuera de sus familias, ya sea por abandono, ya por decisión familiar (en el caso de los padres que los abandonaban con la intención de recuperarlos más tarde), como lo demuestra el peso creciente que, particularmente, los abandonados consiguieron en la sociedad.

La ayuda prestada por las Misericórdias y por otros agentes de caridad fue amplia y abarcó varias utilidades. Se extendió desde la educación, la salud, la protección del cuerpo, a través de la limosna y la ropa, a la alimentación: formas de aliviar la pobreza y combatir las necesidades básicas. También abordamos la asistencia en la hora de la muerte y el modo en que las Misericórdias llevaban a cabo los entierros de los niños.

A pesar de las preocupaciones ejercidas con relación a la asistencia de los niños a lo largo de la Edad Moderna, sólo las prácticas seguidas y el cambio de políticas conocidas sobre todo en el siglo XIX, indican una preocupación constante, por parte de la sociedad, por el mundo infantil.

Este es un nuevo libro sobre la infancia. Es una buena señal de que la historiografía, pese a las modas, no ha abandonado a los niños como lo hicieran muchos de sus progenitores durante el Antiguo Régimen. Queda todavía mucho por hacer. La bondad de este libro reside en que abarca un territorio muy amplio –Castilla y Portugal– y una temática muy rica que va desde el estudio de los prohijamientos –una auténtica novedad historiográfica– hasta el análisis de la infancia en el seno de una minoría marginada –la morisca– o sin personalidad jurídica –los niños esclavos–, sin olvidar la caridad que despertaban en los mayores –las Casas de Misericordia–, los sentimientos de los adultos hacia los niños, los discursos doctrinales e intelectuales sobre los mismos, la administración de los recursos de los menores huérfanos, y una nueva visión de los expósitos, es decir, en el seno de las familias adoptantes. Un libro más sobre la infancia, desde nuevas perspectivas.

9 788477 375012

Sílex

GOBIERNO DE ESPAÑA

MINISTERIO DE CIENCIA E INNOVACIÓN